



Día Fatal

Ignacio J. Atenas

"Era el terrible infortunio,
el día fatal que nadie esperaba"

2016

Día Fatal

El gran reloj en la cima de la torre marcaba las veinte treinta horas, momento en que subían al escenario Stanley junto a los otros. Las guitarras ya estaban afinadas y el escenario listo, sería un gran espectáculo. Los chicos vestidos en casacas negras comenzaban a tocar los primeros acordes, sin saber el infortunio que sobrevendría a la ciudad dentro de los próximos siguientes minutos.

En ese instante, el canoso doctor Reid Ford, manejaba el dorado Mitsubishi por las afueras del gran estadio deportivo, en compañía de la sensual Diane Herring, su amante, una ex bailarina de la casa de apuestas, y con quien tenía casi veinte años de diferencia de edad. El profesor, había estado involucrado los últimos cuatro años en la investigación de los agentes biológicos del antiguo complejo subterráneo de la ciudad, clausurado hace diez años por una fuga de una cepa mortal de campylobacter, lugar de donde había obtenido preciada información biológica.

Stanley entonando el primero de los éxitos de la noche, miraba las altas galerías aglomeradas de los fanáticos, intensamente iluminadas por las luces de neón y mercurio que salían desde los asientos. Cinco minutos después, el imperceptible cilindro había sido lanzado desde el puerto de Citnos, al otro lado del continente; empero, a medida que el proyectil alcanzaba velocidad, el enérgico zumbido se extendía por la bulliciosa ciudad, de tal forma que sólo aquellos en los silenciosos suburbios lo habían escuchado.

Centenares de edificios colapsaron tras el violento impacto. El cilindro había colisionado con el extenso grupo de rascacielos que formaban el Complejo de Seguridad de Éphyra, situado a dos cuerdas del estadio donde tocaba la banda. La masiva destrucción de las imponentes torres arrasó con todas las tiendas circundantes, levantando una densa ráfaga de polvo que se mantendría por más de una hora en suspensión, nublando la vista de todo el puerto, y de los barcos allí presentes.

Los carros de seguridad llegaron al poco tiempo, abriéndose paso entre la turbia atmósfera blanquecina que parecía neblina; así lo describía al departamento uno de los oficiales.

Éphyra parecía indiferente al terrible escenario que se vivía. Por las numerosas autopistas que recorrían los cielos de la ciudad, los automóviles corrían a inmensa velocidad, mientras el resto yacía en las casas de apuestas, en los clubes nocturnos, y en las tabernas de recreo. Era viernes, el día de celebración, el momento preciso para ejecutar tan terrible desgracia, y que sólo eran los hechos previos al caos final.

Cuarenta minutos más tarde, y aun atrapados en la densa niebla, los operarios de seguridad acudían a los centros de atención con urgencia, porque habían comenzado a presentar el continuo sangrado nasal; los médicos hablaban de inhalación de gases tóxicos.

Un chico de tan sólo veinticuatro años de edad yacía en la fría sala de espera cuando había comenzado a sentir fuertes dolores abdominales. La gente comenzaba a socorrerlo llamando a los médicos que corrían por los pasillos; trece segundos después vomitaba la oscura sangre. Ahí muchos de los presentes notaron a lo que se enfrentaban realmente, y la gente corría a los vehículos, para llegar a sus casas, encerrarse, y activar los filtros, que sin embargo no servirían.

Mientras los médicos corrían por la clínica, el doctor Reid Ford llenaba los vasos con el brillante brandy, en su apartamento. Él celebraba como siempre con su espectacular musa, pero esta vez sería distinto, había depositado un grisáceo polvillo sobre el potente licor. Se acercó a la cama, tomando bruscamente a Diane por la cintura, y besándola apasionadamente.

- ¡Hoy será distinto!, ya sabes, ¡cada día estamos mejorando! -

El profesor había asegurado una dosis para él y para su hermosa musa, porque en esos nanométricos cristales grisáceos yacía la inmunidad, y así se evitaron los

fatales dolores que experimentaban los del Departamento de Seguridad, y que más tarde también sufrirían los médicos de ese centro.

Cada cosa había sido planeada, y si bien él había trabajado en el desarrollo de la mortífera arma lanzada, ya se había asegurado la protección creando una cura efectiva.

Luego de haberse bebido el amargo trago, y de haber recorrido el joven cuerpo de Diane, recibía la esperada llamada, interrumpiendo el ardiente momento.

- ¡Ya está hecho profesor!, el departamento le manda saludos. Le han depositado el resto del dinero. Váyase a la oficina de correos, ¡encontrará los pasajes! -

En ese instante Stanley Rawson, había comenzado a sentir una leve molestia. Una delgada lámina blanca le cubría la visión en su ojo izquierdo, y mientras giñaba el ojo para intentar recuperar la correcta visión, desafinó tocando un acorde distinto al que debía. Rees Needham, el de la segunda guitarra lo suplantó, de tal forma que el desequilibrio armónico se mantuvo imperceptible para el público, no así para ellos tres que se miraron nerviosamente.

Una mueca de dolor en el rostro de Kay Kazner, el baterista, fue el paso al triste desenlace, a la agobiante noche que se acercaba, y que habían preparado hace más de una semana con expectativa de que fuera inolvidable.

El reflujo se hizo continuo, Kay lo venía sintiendo hace sólo dos segundos, y subía hasta su boca. Una mezcla ácida comenzó a chorrear por su nariz, acompañada de las pequeñas gotas rojas. El próximo acorde le hizo vomitar enérgicamente sobre los lustrosos cristales del piso. El rock se detuvo, mientras sus compañeros corrieron en su ayuda.

- ¡Llamen a una ambulancia! - gritaba Rees, dejando a un lado la guitarra, hecho acompañado de un desafinado acorde.

La gente en la galería gritaba exaltada, como si fueran simios en jaulas, esperando por el espectáculo que había sido fortuitamente paralizado. La noticia no tardó en masificarse por las redes sociales, y por la televisión transmitían frenéticos los periodistas “Kay Kazner, sufre trágico accidente en recital”.

Con la sangre saliendo a borbotones por su boca y nariz, Kay seguía convulsionando, los fanáticos horrorizados comenzaron a retirarse en lo que fue una batalla campal por acercarse a los integrantes, mientras le trasladaban en una camilla hasta la ambulancia que había llegado. No era nada nuevo, pronto sería fatal para muchos, porque al profesor Ford ya había soltado la terrible cepa bacteriana, que había sido financiada por la poderosa industria farmacéutica; y no era nada nuevo pues muchas de los microbios que supuestamente habían mutado eran diseñados con técnicas a las que en otra época llamaban biología sintética.

No había mucho que hacer, la gente corría despavorida, unos a los bunkers, y otros a las olvidadas iglesias. Cosas como estas ocurrían todos los días en Europa, luego de la gran guerra claro, pero hoy les tocaba a las principales ciudades del nuevo mundo, y Éphyra era la primera, aquella fundada sobre las ruinas del antiguo Valparaíso, situada junto al mar, en el antiguo país al que llamaban Chile.

Su gente caía aniquilada por los microbios, fruto de la potente arma lanzada. Los chicos en el hospital creían dar el último adiós a Stanley, y luego Kay y Rees, también se desplomaban en las camillas de la clínica. Aunque aquella noche se pensaba, sería el final de una legendaria banda, clandestinamente era el principio de un nuevo grupo, los chicos buenos diríamos, aunque para la mayoría eran sólo las ratas, aquellos que tocaban tras las cámaras, esos que sólo aparecían en las pequeñas tabernas de recreo, o si tenían suerte en los boulevard nocturnos.

Mientras los chicos agonizaban en el hospital, en el campamento cerro La Cruz, en la zona alta de Éphyra, se organizaba la contraofensiva. Aunque la estrategia era establecida entre varios de los trabajadores, había uno que se había preparado al dramático desenlace. Su nombre era Einar, guitarrista de rock, de unos veintiséis años de edad, y amigo de los chicos de la banda. En su blanquecino cuerpo se

podía notar el efecto de la vida bohemia, bebiendo diariamente el licor barato de las tabernas, pero sin embargo poseía los conocimientos, y había logrado conseguir varios antibióticos de la nueva generación usando técnicas moleculares. Si bien, era el lugar donde sintetizaban las drogas que consumían en las fiestas, ahora sería el búnker subterráneo en que nacería la simiente a la nueva generación. Aunque muchos morirían, centenares de personas lograrían sobrevivir a las mortales cepas.

Einar había obtenido con anticipación la entrada al gran espectáculo, pero sin embargo había recibido la llamada desde los infiltrados en la isla de Citnos, de que hoy sería la noche elegida. Como fanático y amigo de la banda, se había asegurado de que las dosis de los medicamentos llegaran a los chicos, y para ello había ideado un loco plan, que ya estaba en curso. En ese momento diez soldados ya inmunes, habían insertado en los sueros el antibiótico adecuado, comandados por el General Wes Casten, a quien llamaban “el pianista”. Los chicos despertarían en los siguientes minutos, custodiados por el grupo de hombres armados.

Muchas dosis habían sido ya inyectadas, y otras iban en camino. Este no era un caso aislado, había una comunidad internacional unida, un grupo al que llamaban “los inmóviles” o en latín como les decían: Quod Inmotum. Se comunicaban por fax, tecnología obsoleta, pero aun presente en algunos grupos. En la isla de Citnos, en la antigua Grecia, uno de los enviados se movía rápido, y habían acorralado en sus propias casas a los peces gordos detrás del atentado. Éphyra, si bien tenía la fama de ser la bulliciosa ciudad, repleta de estrellas de la música y la gente de poder, concentraba en los suburbios la fuerza opresora, el poder popular como le llamaban ellos. El movimiento Quod Inmotum había aumentado su fuerza en la ilegalidad, y así como tenían enorme cantidad de arsenales de guerra, también gozaban de las potentes y brillantes estrellas pensantes, algunos detrás de los laboratorios y otros detrás de las computadoras, y juntos habían formado una verdadera fuerza paramilitar.

Hoy era el día esperado por ellos, pero no lo habían planeado, sólo reaccionaban a los hechos, pero sin embargo la agenda estaba clara, digamos el itinerario a seguir después de la primera oportunidad, y esta era una.

Un grupo de soldados del Quod Inmotum había tomado como rehenes a algunos de los implicados en el atentado, pero a quienes se habían resistido les habían asesinado. Einar por su parte, en el laboratorio bajo el campamento, había logrado conseguir los antibióticos adecuados, y había visto como se formaban los halos de inhibición en el agar, en la prueba que él llamaba Kirby-Bauer. El resultado demostraba que varios de los tantos antibióticos que él había probado funcionaban contra la cepa mejorada de campylobacter, la que había sido modificada por el profesor Ford. Estaba claro, muchos morirían por el shock, pero un grupo grande lograría sobrevivir al fatal día.

La ciudad debilitada mostraba poco movimiento, muchos agonizaban en las calles, en las iglesias, o en los centros médicos. Los del Quod Inmotum, insertaban igualmente el antibiótico en los pacientes del centro médico, porque en su mayoría quienes estaban allí provenían de la clase trabajadora. Sin embargo, en los barrios de la elite, los cuerpos de los mandamases se transformaban en cadáveres sobre el piso, y ya no había nadie que quisiera ayudarlos, ellos habían sido ladrones, y explotaban a los trabajadores, al punto que la vida de todos estaba planificada, controlada desde el momento de su concepción, cuando muchos habían nacido en las incubadoras de la fábrica, pero claro, esto tampoco lo sabían. Este también era el caso de los chicos de la banda, pero ellos ahora eran parte del movimiento del Quod Inmotum, y eso les había salvado la vida, porque Einar y el resto de los cabecillas, habían planeado una nueva era, un mundo diferente como ellos le decían.

Stanley fue el primero en reaccionar. Despertó sobre la camilla, pero aún tenía una extenuante somnolencia. Como pudo se acercó hasta sus compañeros, haciéndolos despertar de improviso. La sangre le seguía cayendo, pero su cuerpo ya había controlado la invasión. Ahora la cepa de campylobacter no los afectaba, pero ignoraban el dramático desenlace que tendría el día a pesar de los esfuerzos del Quod Inmotum. Acompañados por Wes “el pianista”, y el resto de los soldados, salían quejumbrosos haciéndose espacio entre los cadáveres. Afuera, la ciudad descansaba silenciosa, como nunca había estado desde su fundación.

A esas horas el doctor Ford, habiendo autorizado el programa, se retiraba en una enorme nave con destino a Citnos, pero allá sería atrapado de igual forma. Empero la operación había iniciado, ya no había nada que pudieran hacer, después de todo hoy sería un día fatal.

El General Wes Casten en el volante conducía con precaución sobre la iluminada autopista, porque centenares de automóviles abandonados o con los cadáveres dentro, estaban repartidos en forma desordenada por toda la calzada; sin embargo, nunca lograrían llegar hasta el campamento, porque sobre sus cabezas pasaba el titánico bombardero acorazado, que corría por sobre los cielos de la ciudad dejando caer la peor pesadilla que Éphyra alguna vez hubiera experimentado. Diez segundos después notaron el destello blanquecino, casi plateado que duró breves milisegundos, y luego de un enorme estruendo estalló el principio de los dolores. Una bola de fuego abrasador de hasta un millón de grados centígrados arrasó con todo lo que estaba alrededor del enorme estadio de la ciudad.

Los edificios de piedra sobrevivirían a las altas temperaturas, pero llevarían impresos, como si de un negativo fotográfico se tratara, las sombras de las cosas y las personas carbonizadas frente a sus muros. La onda de choque inicial generó ráfagas de 1,5 kilómetros por segundo, que arrastraron con fuerza colosal los escombros, que desgarraron a su paso miembros y órganos humanos, a todos quienes se encontró en su camino. El automóvil se volcó, dando varias vueltas a través de la carretera. Entonces, un hongo nuclear se elevó por encima de la destruida urbe, hasta alcanzar los 16 kilómetros de altura. Había sido un terrible atentado, para eliminar de raíz la gloria que tenía el nuevo continente.

Al reincorporarse, y a varios metros de distancia de los restos del automóvil, Stanley notó como su camisa, pantalones y piel colgaban de su cuerpo, mientras las dolorosas heridas abiertas dejaban los vasos sanguíneos al aire; parte de sus orejas habían desaparecido, y aún sentía un ruido ensordecedor dentro de su golpeada cabeza. Ahora yacía sobre la oscura carretera, estaba cubierto de sangre y repleto de quemaduras. No había mucho que pudiera hacer, la ciudad y su cuerpo estaban destrozados. A su costado notó como Rees tenía el ojo derecho colgando fuera de

su rostro. Kay, algunos pasos más allá de Stanley, desfalleciendo sobre la berma, intentaba en vano contener sus intestinos dentro de su propio cuerpo; suerte similar habían corrido el General y los soldados que los acompañaban, ahora convertidos en cadáveres sobre la autopista.

Era el terrible infortunio, el día fatal que nadie esperaba, uno que había acabado de la peor forma, que había arruinado todo el esfuerzo de una generación, y que había instaurado el miedo de la peor forma posible.

por **Ignacio J. Atenas**